



# La Última Moda

Madrid 6 de Febrero de 1888.

REVISTA SEMANAL

Año I.—Núm. 5

Oficinas: Serrano, 88, 2.º

## SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—  
Explicación de los grabados.—Labores.—  
¡Los caprichitos! por Julio Nombela.—Un  
aderezo de brillantes, novela, por Mario  
Lara.—Ecos de la novela de la vida, por  
Juan de Madrid.—Preguntas y respuestas,  
por la Secretaria.—Pasatiempo.—Anuncios.

## Crónica de la Moda.

ESTO no es vivir! Todas las noches  
bailes ó comidas de gran ceremo-  
nia, seguidas de animadas recepcio-  
nes. El París elegante, y sobre todo  
la parte femenina de este París que  
se divierte en medio de los esplendor-  
es del lujo, no descansa, no sosiega.  
Apenas se han extinguido los últi-  
mos ecos del animado cotillón ó de  
la frase chispeante oída en el vesti-  
bulo de un palacio, ecos y frases que  
repite el sueño recordando bajo for-  
mas fantásticas los esplendores de la  
fiesta de ayer, tienen las damas que  
pensar en la fiesta de hoy.

Hay que elegir el traje, que estu-  
diar el adorno, que combinar las jo-  
yas que han de lucirse. ¡Y todo esto  
exige cálculo, meditación! No es cosa  
tan fácil como parece, desempeñar  
cumplidamente el papel de astro de  
los salones.

Las conferencias con las modistas  
tienen en ocasiones más importancia  
que las que celebran los hombres de  
Estado para arreglar la cosa pública.  
Se consultan los periódicos de mo-  
das, se examinan los modelos, se vi-  
sitán las joyerías; en una palabra, las  
señoras se hallan bajo la influencia  
de la fiebre hasta el momento en que  
la admiración que producen y las li-  
sonjas que oyen en los salones, son pa-  
ra ellas fresca y consoladora brisa que  
calma sus agitaciones y les permite



NUM. 1.—1. TRAJE PARA PASEO

2. TRAJE PARA NIÑA

disfrutar esas breves horas que du-  
ran los saraos, en las que son flores  
de una noche, pero con la facilidad  
de florecer de nuevo á la noche si-  
guiente.

En los bailes que se han dado en  
el Ministerio de la Guerra y en la  
Presidencia del Senado; en las comi-  
das diplomáticas que se han celebra-  
do en las Embajadas de Austria é In-  
glaterra; en las brillantes recepciones  
del Eliseo y del Hotel de Ville, ha  
habido tal profusión y tal magnificen-  
cia de trajes y de pedrería, que no  
bastaría un libro á describir cuanto  
en telas, adornos, formas, caprichos  
y fantasías han aparecido en estas  
solemnidades.

Contentémonos con figurarnos esas  
grandezas, y pensemos que tan bri-  
llante cuadro guarda en su fondo el  
hermoso espectáculo de las alegrías  
de multitud de obreros. ¡Qué sería de  
París, qué de las fábricas que hay en  
actividad en Francia—y lo que digo  
de este país puede decirse de todos—  
si esas personas que deben á la for-  
tuna los medios de contribuir á la  
magnificencia de las suntuosas re-  
uniones á que aludo, permanecieran  
en sus hogares guardando esas enor-  
mes sumas, que remuneran el trabajo  
y permiten á las familias trabajado-  
ras goces no menos agradables, aun-  
que en otras condiciones acaso más  
venturosas para el alma!

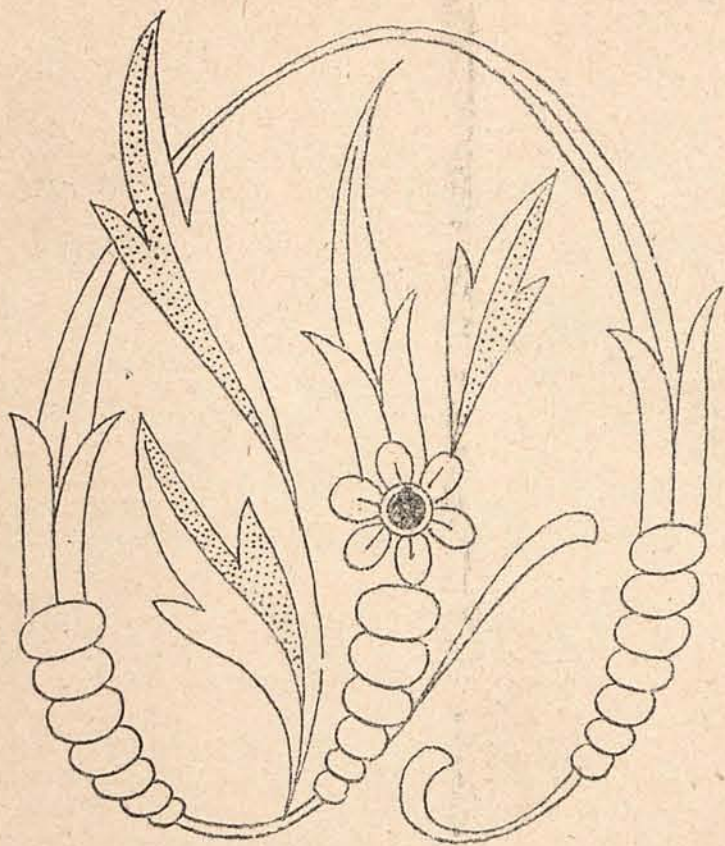
Pero dejémosnos de filosofías, y  
vengamos á la práctica. En esos bai-  
les de que he hablado, y en otras re-  
uniones de menor importancia, se  
nota una gran afición á las telas que  
más se asemejan á las que represen-  
tan una antigüedad clásica. Lo que  
ha pasado, y pasa aún al alhajar una  
casa; esa tendencia á poseer mobili-  
arios antiguos, objetos de valor histó-  
rico, sucede ahora respecto de los  
trajes y las joyas. Las que conservan  
encajes ó alhajas de familia, se com-  
placen en lucirlos y son envidiadas

SERIE 1.ª

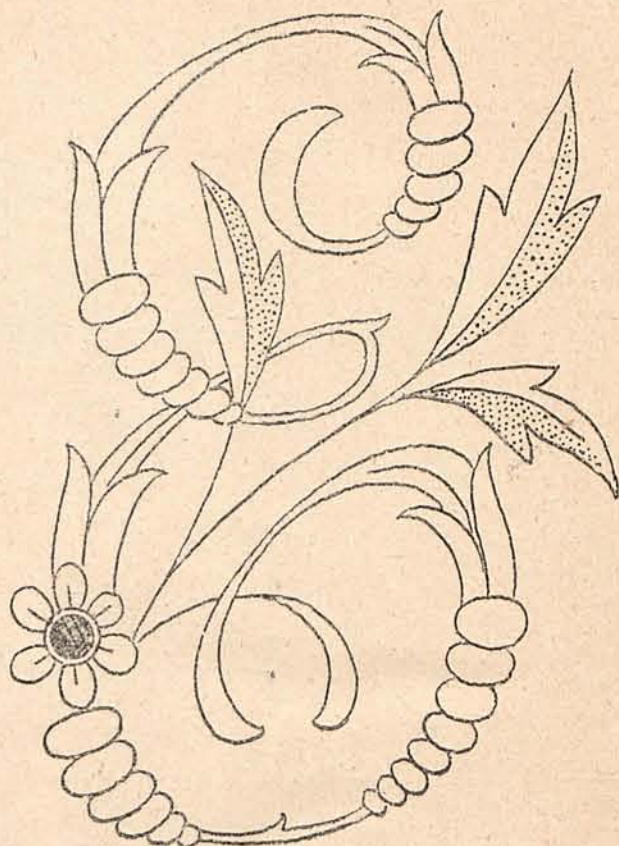


# DIBUJOS ARTÍSTICOS PARA BORDADOS

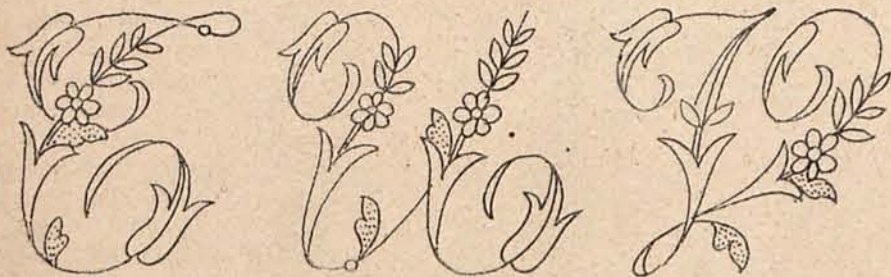
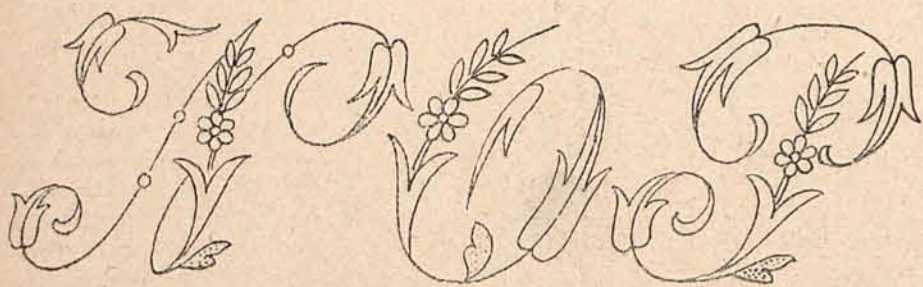
FOR DON MANUEL SALVI, DIBUJANTE: REINA, 25, MADRID



NÚM. 2



NÚM. 2



NÚM. 3

*Es Propiedad*

NÚM. 4



NÚM. 5



NÚM. 6

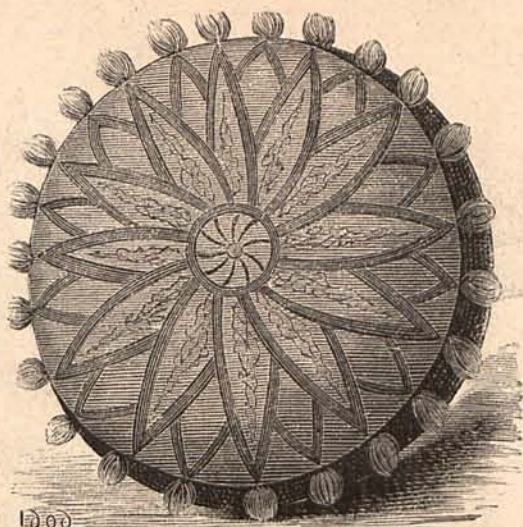
NÚMERO 2.—ABECEDARIO PARA MARCAR SÁBANAS DE DIARIO (se continuará.) NÚM. 3.—ABECEDARIO PARA MARCAR PAÑUELOS (conclusión.)  
NÚMEROS 4, 5 y 6.—NOMBRES PARA PAÑUELO



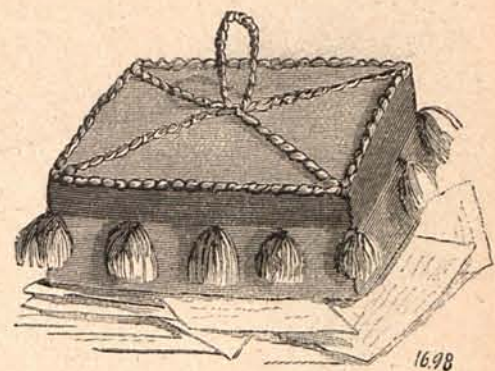
por las que sólo pueden ostentar imitaciones de las venerandas antigüedades. Las sedas lisas, los moarés, el brocatel y el terciopelo están en todo su apogeo.



NÚM. 7.—JOYERO



NÚM. 8.—ALMOHADÓN REDONDO



NÚM. 9.—PISA-PAPELES

Todas estas lujosas y brillantes telas no pueden ni podrán nunca destronar al terciopelo negro. Un traje superior de terciopelo negro con dos cuerpos, es indispensable en el guardarropa de una señora que frecuenta la buena sociedad.

Alguna que otra vez será infiel á este traje, que viste también, que es tan distinguido; pero es seguro que el olvido será pasajero.

El terciopelo negro sienta admirablemente, lo mismo á las señoras mayores que á las jóvenes, y marca el sello de la suprema, de la distinguida elegancia. Un traje como el que indico, seguramente con la aprobación de la inmensa mayoría de mis lectoras, puede adornarse y aun hacerse de tantos modos, que nada hay más socorrido.

Puede ser redondo ó de cola, sin adorno ó adornado con encajes y bordados. Bajo el punto de vista de la economía es, digámoslo así, un fondo de traje que permite varias transformaciones. Liso, sirve para visitas de etiqueta, con un delantero de encajes sobre satén de un color claro y con una cola sobrepuesta, puede servir para recepción y baile. También se forma el delantero con bordados de azabaches sobre satén negro. Puede llevarse en el primer caso con cuerpo alto, y en el segundo con cuerpo escotado.

Créame las lectoras: un traje de terciopelo negro es y será siempre el que más servicios preste, lo mismo á las señoras que pueden gastar mucho que á las

que se ven obligadas á encerrarse en los límites de la economía.

Pasemos á otro capítulo no menos importante,

y siempre de actualidad. Los peinados excesivamente altos, como todo lo que se encumbra sin razón de ser, empiezan á descender. La Moda, que de cuando en cuando, de reina absoluta pasa á ser

reina constitucional por la gracia de sus... súbditas, en la cuestión de peinados ha abierto la mano y permite á las mujeres que adopten, dentro de la unidad, belleza, el que mejor les sienta. Existe, pues, una verdadera confederación de cabezas femeniles, una encantadora autonomía, una descentralización capital. Tanto peor para las que no sepan sacar partido de sus cualidades y aprovechar la libertad de que disponen, en beneficio de sus atractivos.

Por supuesto que, á pesar de todo, hay reglas de las que no es posible prescindir. Por ejemplo, con los trajes escotados el peinado bajo es de necesidad, sin que por eso deje de aparecer en proporciones regulares y siempre artísticas en la parte alta de la cabeza, esa prominencia que, exagerada, afea, pero que embellece cuando se armoniza con el conjunto del peinado.

Para los trajes cerrados, es decir, para los que se llevan á paseo y á visita, el peinado es un poco más alto y levantado por detrás, reuniéndose el cabello en la parte superior, no en forma de ocho como se ha usado, sino retorcido y formando rodete, sujeto con alfileres ú horquillas de fantasía. Los rizaditos sobre la frente siguen gozando más favor que nun-



NÚM. 10.—1. SALIDA DE BAILE

2. TRAJE PARA CASA





NÚM. 11.—PANTALLA DE MANO PARA CHIMENEA

Un nuevo sombrero que una aristocrática dama lució hace poco en una sesión de la Academia Francesa, ha hecho furor. Era de terciopelo epinglé, color rosa, y estaba adornado con un galón de azabache marrón é hilillo de oro, levantado á los lados como las cofias con que pintan á la reina Ana de Bretaña. Unas flechas de oro cincel. do sujetaban

ca; pero son muy ligeros, y proyectan más bien luces que sombras en el rostro.

Los boas se multiplican. En el Teatro de la Ópera se ven en los palcos señoras escotadas con boas que rodean su cuello, acariciándolo. En los salones y los gabinetes no faltan complacientes constipados que permitan á las damas conservar el *boa*; en los banquetes que exigen traje escotado, el *boa* sirve de oscuro al claro de los hombros y del traje. Una de estas noches se vió en los salones de una marquesa muy distinguida una joven que llevaba un precioso traje de tul rosa, y rodeado al cuello un *boa*. El contraste produjo gran efecto.

Esta moda, que gana terreno, fué ideada por la duquesa de Berry, que poseía un cuello de cisne muy parecido al de la emperatriz Eugenia. Los boas no sientan bien á todas; pero en cambio hacen á algunas ideales. Los preferidos en la actualidad son los de piel de zorro azul, de zibelina ó de *thibet* blanco. El zorro azul es el que



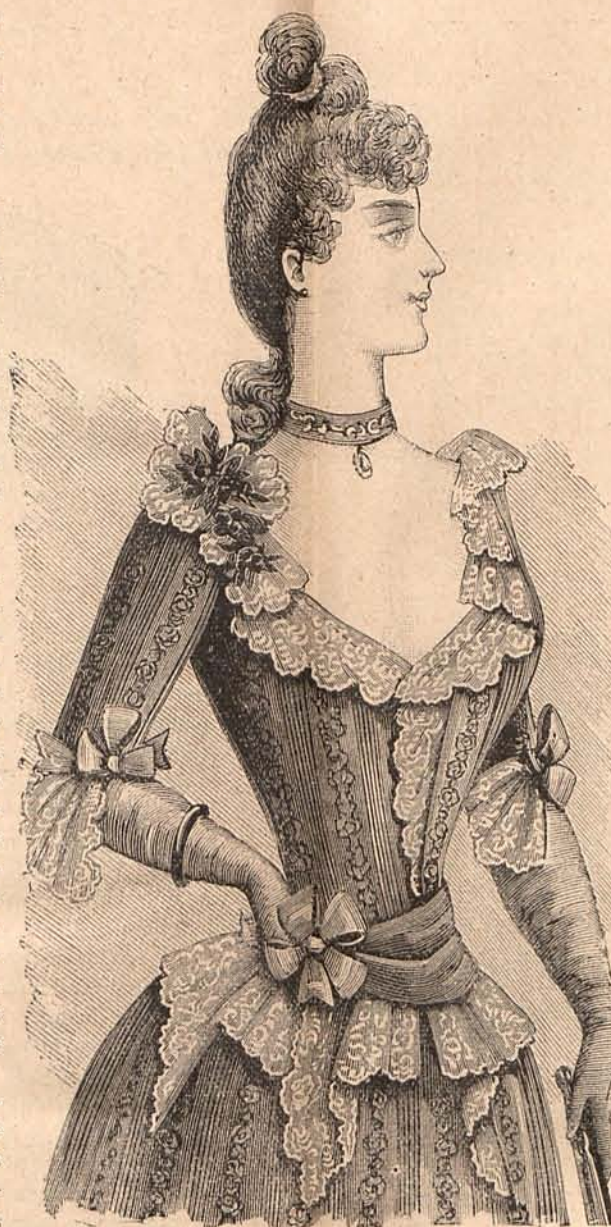
NÚM. 12.—TRAJE PARA NIÑA DE 12 Á 14 AÑOS

estas alas levantadas, y otra flecha, de oro también con brillantes, atravesaba un grupo de plumas topacio rosa, como un rayo de sol atraviesa una nube.

Se hacen grandes preparativos para la fiesta militar que en la noche del 11 de este mes va á celebrarse en el Hotel Continental, destinándose el producto al Montepío del ejército y á los huérfanos de militares muertos en campaña.

El monumental edificio estará iluminado por luz eléctrica interior y exteriormente. El pórtico, las escaleras y el vestíbulo, llenos de flores formando arcos, guirnaldas y dibujos caprichosos. Tres bandas militares ejecutarán en el patio de honor, en el vestíbulo y el jardín, los fragmentos más bellos del repertorio de óperas modernas. Dos orquestas alternarán en los salones de baile, haciendo oír los valeses, polkas y rigodones más en boga. Calcúlase que podrán asistir á esta fiesta 3.000 personas, y el final de ella ofrecerá una interesante novedad.

Como se trata de una solemnidad militar, no puede prescindirse de que haya una guerra... de mentirijillas. En un momento dado, y al compás de los aires más marciales, comenzará la batalla. Los caballeros acríbi-



NÚM. 13.—CUERPO PARA BAILE Ó RECEPCIÓN ESTILO LUIS XIII

llarán con lisonjas y galanterías á las damas, y éstas les dispararán á quemarropa las más preciosas flores que llegarán para ese día de Niza y hasta de Argel.

No hay para qué decir que los galanes se disputarán estas balas de nueva invención, y que se darán por contentos con quedar derrotados y hasta heridos.

Sin embargo, es de temer que no todas triunfen. El uniforme militar tiene cierto prestigio, y habrá vencedora que se sienta vencida.

Jugar con flores en este caso, es lo mismo que jugar con fuego.

¿No son las flores, transformaciones de los rayos del sol?

BLANCA VALMONT.

#### EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS

Núm. 1. Trajes para paseo.—1.º El de señora es de lana gris hierro. Túnica polonesa abierta por delante y recogida en los costados, de modo que forme puntas. El delantero del cuerpo lo compone un chaleco de terciopelo negro con solapas de tela de lana en la parte alta. Cuello y adornos en las mangas, de terciopelo. Falda redonda y plegada, con palas de terciopelo colocadas á inter-



NÚM. 14.—ABRIGO PARA NIÑA DE 5 Á 10 AÑOS

valos. Sombrero redondo con el ala levantada en el lado derecho, adornado con una ancha cinta bordada todo alrededor y un lazo de cinta en forma de abanico sobre la copa. Tela necesaria: once metros de lana y cuatro de terciopelo.—2.º El traje para niña es de tela escocesa. El cuerpo, muy largo, está sujeto al talle con un cinturón de terciopelo negro, plegado. Tiras de terciopelo, rodeadas de encaje, adornan los delanteros del cuerpo. Mangas fruncidas con puños de terciopelo. Falda corta plegada á palas todo alrededor. Sombrero forma Montpensier con un penacho de plumas cubriendo la copa y un lazo de cinta en el lado izquierdo.

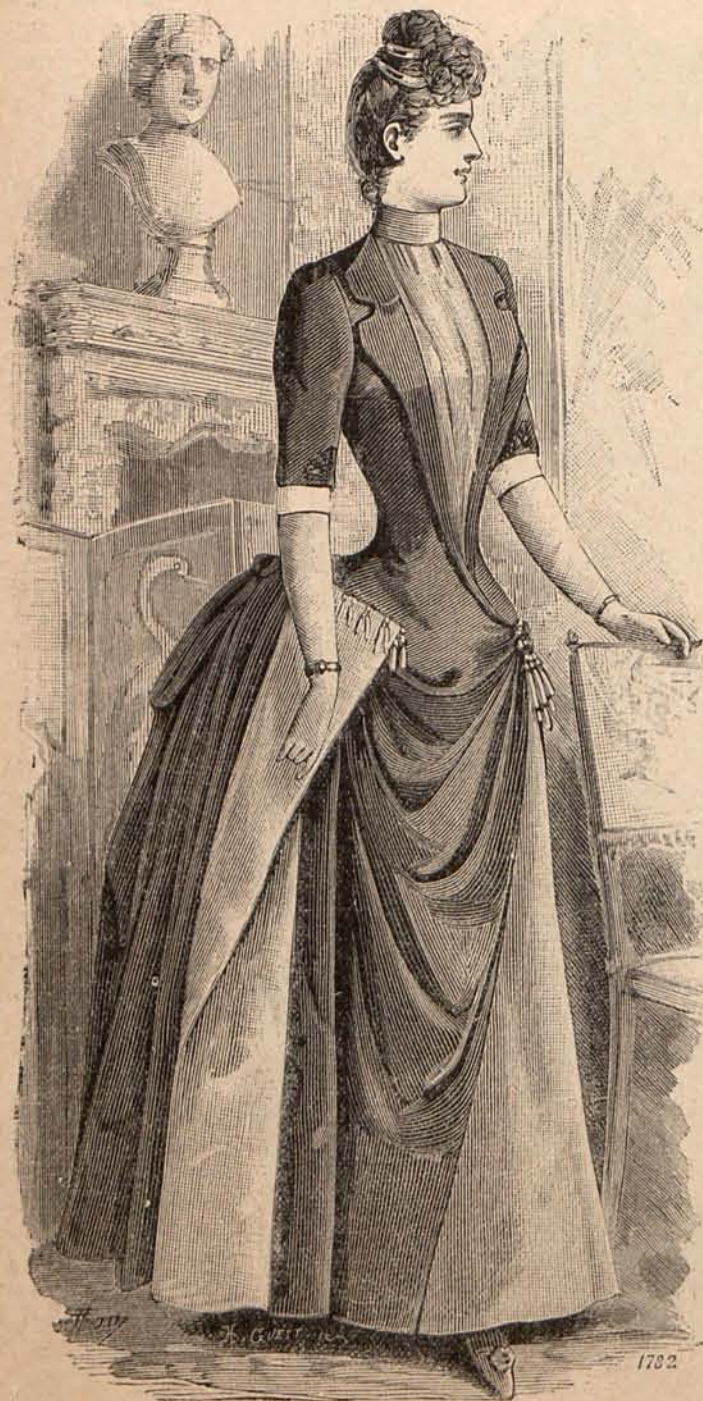
Números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.—(Véase *Labores*.)

Núm. 10. Este grabado ofrece dos modelos.—1.º *Salida de baile*.—Esta caprichosa prenda es de terciopelo verde oscuro. El delantero y el cuello están guarnecidos con una piel de chinchilla, rodeada de un bordado de plata. Cinturón cruzado de cinta de plata. Gruesos cordones de seda adornan el pecho y los hombros: Mangas perdidas, de gasa verde claro.

2.º *Traje para casa*.—Chaqueta de terciopelo granate rodeada de un plegado de cachemir gris claro. Mangas de cachemir fruncidas, con puños de terciopelo. Un plegadito de cachemir adorna el delantero de la chaqueta. Cuello vuelto de terciopelo. Lazos de cinta en el cuello y á la cintura. Primera falda de cachemir con tres volantes colocados unos



NÚM. 15.—PANTALLA DE MANO PARA CHIMENEA



NÚM. 16.—TRAJE PARA RECIBIR



NÚM. 17.—DISFRAS DE *Ramo-cur*.



NÚM. 18.—ABRIGO PARA NIÑA DE 12 Á 14 AÑOS



NÚM. 19.—TRAJE DE PASEO PARA SEÑORITA



NÚM. 20.—DISFRAS DE BAVARA DEL SIGLO XVI



NÚM. 21.—TRAJE PARA RECIBIR



encima de otros. Segunda falda recogida en el costado y adornada con grandes lazos de terciopelo. Tela necesaria, diez metros cachemir doble ancho y cuatro de terciopelo.

Núm. 11. (Véase *Labores*.)

Núm. 12. **Traje para niña de doce a catorce años.**—El cuerpo es de siciliana azul con pechera de muselina de seda también azul y motitas blancas. Túnica de muselina y siciliana. Falda de siciliana plegada todo alrededor.

Núm. 13. **Cuerpo para baile o recepción, estilo Luis XIV.**—Es de tela brochada verde mar. Un cinturón de raso verde, cerrado con una escarpela, sujeta la parte baja del cuerpo, que está adornada con encaje. Mangas cortas con un plegado de encaje sujeto por un lazo. Escote redondo rodeado de encajes.

Núm. 14. **Abrigo para niña.**—Bonito abrigo de paño de damas, gris oscuro con adornos de terciopelo del mismo punto de color. Un plegado de *surah* rodeado de grandes solapas forma el delantero. Una ancha tira de terciopelo sale de debajo de los brazos y se anuda delante. Hombros de terciopelo. Grandes botones de pasamanería adornan las solapas. Tiras de piel en el cuello y las mangas. Toca de paño gris, plegada, con un ala de pluma en el lado izquierdo.

Núm. 15. (Véase *Labores*.)

Núm. 16. **Traje para recibir.**—Este traje es de lana azul marino, con adornos de terciopelo azul claro. Cuerpo abierto sobre una camiseta de terciopelo plegado, con solapas de lana azul marino. Mangas semicortas con carteras muy estrechas de terciopelo. Túnica muy larga de tela de lana, que cae por detrás en pliegues rectos. Anchuras palas de terciopelo adornan los costados. Golpes de pasamanería en la punta y los costados del cuerpo. Tela necesaria: once metros de lana doble ancho y tres de terciopelo.

Núm. 17. **Disfraz de Ramoneur.**—Es un capricho el de querer imitar en un traje de máscara el de los pobres saboyanos que tienen a su cargo la limpieza de las chimeneas. Pero la fantasía realiza lo imposible. He aquí cómo ha compuesto este disfraz. Blusa de raso negro fruncida en la cintura. Un grueso cordón dorado rodea el escote, y cruzando el pecho da vuelta a la cintura y va a caer por detrás. La blusa, muy larga, está recogida en el lado derecho y muy caída en el izquierdo. El borde de la blusa se deshila de modo que forma fleco. Pantalón bombacho de raso negro, medias de seda y zapatos de raso del mismo color, con hebillas de oro. Gorro frigio de raso negro, rodeado con cintas de oro. Un cepillo erizo de erin negra y unas chimeneas colocadas en los hombros completan este original disfraz.

Núm. 18. **Abrigo para niña de doce a catorce años.**—Forma blusa, sujeto a la cintura con una cinta que se anuda delante. La falda, toda plegada, está adornada en el borde con una tira de piel de castor. Cuello y bocamangas de piel. Triple esclavina. Toca de paño y plegada delante y abullonada en la copa.

Núm. 19. **Traje de paseo para señorita.**—Es de tisú fantasía. Cuerpo forma sastré abotonado en el lado. Cuello y bocamangas de *peluche*; falda plegada, sobre la que cae una segunda falda recogida por delante y formando *pouf* por detrás. Toca de *peluche* con el ala vuelta, adornada con un ala de pluma.

Núm. 20. **Disfraz de señora bávara del siglo XVI.**—Cuerpo coraza de raso nutria adornado con galón color fuego bordado de oro. Un plegadito de muselina sale del escote. Mangas abullonadas. Falda de raso nutria con delantal bordado de oro y guarnecida con galón como el del cuerpo. Paniers huecos en los costados. *Pouf* muy pequeño. Lazos de cinta en el hombro izquierdo y en la falda. Cofia bávara, de raso color fuego bordada de perlas, con un gran velo de gasa. Medias y zapatos de seda nutria.

Núm. 21. **Traje para recibir.**—De lana lisa color tórtola y lana rayada rosa y blanco. El cuerpo de tela lisa está adornado delante con tiras de galón y abierto sobre una camiseta de *surah* rosa, acabando en punta. Cuello alto y mangas lisas. Primera falda mitad lisa y mitad rayada. Segunda falda, de tela lisa recogida en el costado y con un volante en el borde, de pliegues escalonados, hecho con tela rayada. Recogido

de detrás de tela lisa. Tela necesaria: seis metros de lana lisa y cuatro de lana rayada de doble ancho.

## LABORES

**Dibujos artísticos para bordados.** Núm. 2.—Letras *D* y *E* del abecedario para marcar sábanas de diario, que estamos publicando.

Núm. 3. Conclusión del abecedario para marcar pañuelos.

Números 4, 5 y 6. Marcas y bordados para pañuelos.

Núm. 7. **Joyero.**—La caja, que es de madera blanca, está forrada por fuera con terciopelo granate y capitonada por dentro con raso oro viejo. Se adorna exteriormente con aplicaciones de raso oro viejo, bordadas con sedas de varios tonos de granate. Cordones de seda granate y oro viejo, terminados en borlitas, separan las aplicaciones. La tapa de la caja está adornada lo mismo, con una aplicación en forma de estrella y una franja todo alrededor.

Núm. 8. **Almohadón redondo.**—La parte de encima es de paño azul bordado con un galón azul en forma de estrella, como se ve en nuestro dibujo. Los puntos que se hacen entre el galón son de lana roja. Borlitas azules y rojas rodean el almohadón.

Núm. 9. **Pisa-papeles.**—Un pedazo cuadrado de ladrillo ordinario se forra con una tela fuerte, teniendo cuidado de dejar un espacio, que se rellena con serrín; después se cubre enteramente con un pedazo de paño, y se adorna con cordones y borlas de seda.

Números 11 y 15. **Pantallas de mano para chimenea.**—La núm. 11 es de felpa azul, adornada con puntilla, cinta y un ramito de flores; la otra se adorna con dos flores de girasol y profusión de plumas. Estos dos modelos son los que están a la última moda en los gabinetes elegantes.

## LOS CAPRICHITOS

Elena era una mujer hermosa, que el lector puede figurarse a su gusto, no siendo, como no es, mi ánimo en esta ocasión obligarle a que pase por el mío.

Una mujer encantadora, joven y con pleno conocimiento de sus recursos, de sus cualidades, de su poderío.

Había sido hija única, y lo que por desdicha no siempre suele suceder, era también mujer única de su marido, guapo mozo, rico, de mucho talento, gran abogado, muy laborioso, muy metido en sus negocios y en su bufete, pero consagrando por entero sus horas de asueto, digámoslo así, a adorar a su esposa.

Por todas las razones expuestas, Elena era extremadamente caprichosa.

No exageraría si dijese que era el mismísimo capricho bajo el aspecto más bonito que puede presentarse.

Hay una gimnasia moral que se parece en todo a la física.

La curiosidad más pueril puede llegar a convertirse en pasión, siempre que se ejercite el deseo.

—Bien, hija, bien; todo lo que tú quieras, le decían sus papás.

—Haz tu gusto en todo y por todo, alma de mi alma, le decía su marido.

—«Hágase tu voluntad en la tierra, si no en el cielo.» parecían decirle cuantos la rodeaban.

Descartemos su gimnasia infantil, asegurando, en honor suyo, que no se le ocurrió pedir la luna, y pasemos por alto su gimnasia adolescente para no ver sufrir a los aspirantes a su amor.

Indiquemos a la ligera, y como de pasada, que al dar su blanca mano al que era su marido, había tenido y realizado multitud de caprichos, como, por ejemplo, los de casarse en martes, no viajar durante la luna de miel, obligar a su cónyuge a que cambiase sus patillas por barba corrida, viajar a los dos meses de casada, en pleno invierno, recibir los días 13 de cada mes, y así por el estilo.

Pero expresaba sus deseos con una ingenuidad y una coquetería que eran un encanto: así es que el esposo soportó el yugo con placer, experimentando esa sensación que nos produce el fuerte apretón de manos de un amigo querido. Nos destroza los dedos, pero nos llena de júbilo el corazón.

Todo cuanto ideaba, todo cuanto quería había de hacerse, por estrambótico y difícil que fuera. Y como, aparte de esto, era angelical y buena y adoraba a su esposo y veneraba a sus padres y quería a los amigos y estimaba a los criados... a condición de que le dieran gusto, resultaba que todos... todos se complacían en complacerla.

Su vida era una serie de triunfos.

—Me aburro en Madrid.

—Pues ve donde tú quieras.

—Querría ir a París.

—Me parece muy bien.

—Pero tú me has de acompañar.

—¡Imposible!... los pleitos... los asuntos...

—Buscas un sustituto.

—Pero, mujer...

—Así me darás gusto.

—Es que...

—No admito réplica... es un capricho... hoy es lunes, el miércoles nos vamos a París.

Y se iban... porque, ya lo indiqué... eran ricos, y la riqueza es la atmósfera natural de los caprichos.

Toda la escala posible de los deseos la había recorrido Elena, y si no se arriesgaba a seguir la de lo imposible, era porque la bondad de su marido la detenía.

—¡Pobrecillo! ¡Es tan bueno! pensaba... ¡Me quiere tanto!

Sin embargo, la bondad tiene sus límites, y entre pedimento é informe, solía pensar que los caprichos de su bella mitad podían traer fatales consecuencias a su ventura, y que era tiempo de ir poniéndoles coto.

—Maridito mío, le dijo un día Elena.

—¿Qué se te ocurre, prenda amada?

—Tengo un capricho.

—¿Sí?

—Pero muy grande.

—Veamos qué es lo que se te antoja.

—Quiero que fumes.

—¡Yo!

—Sí... como todos los hombres, como tu amigo López, que no se quita de los labios el cigarro... y por cierto que fuma unos habanos riquísimos... ¡de un perfume!

—¡Qué horror!... De ningún modo... Me repugna el tabaco.

—Ya te acostumbrarás.

—No puede ser... siempre que he intentado fumar me he puesto malo.

—¿De modo que no quieres darme gusto?

—Si deseas quedarte viuda...

—No es para tanto... ¡Bien está!... Es la primera vez que me desairas.

Y se puso muy seria y se alejó de su marido.

—¡Celebro haber sido fuerte! Me costará trabajo ir destruyendo sus caprichos; pero su fondo es bueno, triunfaré, y me lo agradecerá.

Mientras así pensaba el esposo, Elena, encerrada en su cuarto, lloraba como una Magdalena.

Después de derramar las perlas de sus ojos, que dirían los poetas, cesó de pronto de llorar, dió una patadita sobre la alfombra, se secó las mejillas, se irguió y dijo:

—¡Fumaré! Yo lo aseguro.

A la hora de comer el cielo estaba despejado.

—¿Se pasó el enfado?

—Sí.

—Lo celebro.

—Gracias.

Desde aquel día, a todas horas y con cualquier pretexto, hablaba Elena de López. Era amable, cortés, bien parecido; por su talento y su carácter merecía hacer una buena boda; sus consejos debían servir de norte para su marido. «¡Debías vestirme con su sastré! Tiene un gusto para elegir las telas! ¡Qué conversación tan entretenida la suya! Es hombre de ingenio. ¿Y oportuno? ¡Sobre todo simpático y distinguido!»



—¡Entendido! pensaba el abogado. Te conozco...; tú quieres que fume, pero ni por esas.

Harto sabía que su adorada Elena era incapaz de manchar su pensamiento, no ya con un capricho pecaminoso, pero ni siquiera con una idea que pudiera empañar la pureza de su alma.

—Pero, señor, ¿qué le pasa á mi marido? pensaba ella... Quiere salirse con la suya... Ni hiriendo su amor propio puedo lograr que realice mi anhelo... Estaría tan guapo con una regalía en la boca, arrojando bocanadas de humo que se perderían en el espacio... ¡Oh! Quiero verle así, y le veré... ¿No sufre su amor propio?... Pues heriré más hondo.

Durante quince días no volvió á hablar de López; pero estaba intranquila, displicente, reservada...

—¡Malol! ¡Esto sí que es malo! se dijo su consorte.

—¿Qué tienes? le preguntaba.

—Nada.

—¿Me guardas rencor?

—¿Por qué?

—Porque no fumo.

—¡Bah!

Impenetrable... ¡Era una estatua de mármol!

—La observaré, pensó el abogado.

En las reuniones á que asistían, él jugaba al tresillo, ella bailaba... Era un capricho antiguo, y respetado por su antigüedad. López bailaba también. Una noche vió el abogado que su amigo servía de caballero en un rigodón á su mitad. Los dos hablaban con mucha animación.

¿Qué significaba aquello? Desde aquel instante espío á su mujer.

Dos días después salía la doncella del gabinete de su ama con un papel en la mano. El marido que acechaba, aprovechando la oscuridad del pasillo, la detuvo.

—Entre usted aquí, y silencio, le dijo, llevándola á una habitación próxima.

—Señor.

—¡Silencio!... Venga esa carta y... ¡ay de usted si dice algo de lo que acaba de pasar!

La doméstica juró guardar el secreto.

El marido leyó la carta dirigida á López, y concebida en estos términos: «Como le dije á usted, estoy resuelta á todo... Mañana, de dos á cuatro, tiene que informar mi esposo, estará sola, y si cumple usted lo ofrecido, mi gratitud será eterna.»

Al día siguiente... lo primero que hizo el abogado fué pedir la suspensión de la vista, lo segundo afeitarse la barba dejándose las antiguas patillas, lo tercero colocarse en acecho para sorprender á los culpables.

Hacia un frío atroz. A cosa de las tres vió el abogado que un hombre alto y esbelto, muy embozado en una capa y con sombrero hongo, entraba en el portal de su casa.

—¡Es él!... pensó; se ha disfrazado para no ser reconocido.

La ira ardía en su pecho y le cegaba.

—¡Pero es posible... Señor... es posible que el capricho ciegue de ese modo!

Fuera de sí, subió á su cuarto y llamó con gran estrépito.

—¡El amo!... oyó decir... y luego oyó también pasos precipitados y golpazos de puertas que se cerraban.

Nuevos y repetidos campanillazos.

La puerta se abrió al fin.

—¿Dónde están los culpables? gritó, sacando del bolsillo un revólver y corriendo al gabinete de su esposa.

La puerta estaba cerrada, y la golpeó con furia.

—¡Por el balcón! oyó decir.

—¡Oh! no... la altura es grande... me rompería la cabeza, respondió una voz de hombre algo agitada.

—¡Abid... abrid, ó echo la puerta abajo!

La puerta cedió, y al entrar en la estancia vió á su esposa desmayada sobre un canapé y á un hombre á quien no conoció:

—¡No es López!

—No, señor... vengo de su parte... pero...

—¿Quién es usted?... La verdad, ó le mato.

—¡Eh! poco á poco... Guarde usted ese revólver...

Yo soy quien le surte de tabaco habano... Los mejores cigarros son los que proporciono á todas las personas distinguidas de Madrid... La señora quería una caja de brevas escogidas... he venido... me iba á pagar... cuando usted... creo que usted es el amo, y por eso... ¡Pobre señora... se ha llevado un susto!... ¡Dios quiera que no le cueste caro!

—¿Cuánto vale eso?

—Ciento cincuenta pesetas, y lo que usted tenga voluntad.

—Tóme usted... Fué un error... Usted dispense. No cuente usted á nadie lo que ha visto... Seré su parroquiano.

—Muchas gracias... ¡Oh! sí; puedo servirle como nadie conchas, imperiales, regalías...

—Bien, bien, váyase usted.

—En cuanto fume usted una de esas brevas, ya me dirá lo que es bueno.

La reacción fué digna de la revolución.

—¡Soy un loco... un miserable! Dudar de su virtud... Es caprichosa, pero buena... ¡Oh, Dios sabe! El susto ha sido terrible...

Y cayendo á sus pies:

—¡Elena! ¡Vida mía! añadió. Soy un menguado, un... Vamos... vuelve en ti... ¡Perdóname!... ¡Perdóname!...

Elena suspiró débilmente... abrió los ojos muy despacio, y al ver á su marido á sus pies:

—¡Monstruo! exclamó levantándose. ¡Huye... huye de mí!

—¡Esposa!...

—Eres indigno de mi afecto... Me voy con mis papás...

—¡Elena!... ¡Vida mía!...

—No, no soy tu Elena...

—Imploro tu perdón.

—¿Quieres que te perdone?

—Es mi deseo.

—¿Estás arrepentido, verdaderamente arrepentido?

—Te lo juro.

—No basta. Pruébamelo.

—Ordena, y obedeceré.

—Abre esa caja de cigarros... coge uno...

—Pero...

—¿Lo ves?...

—¡No, no, ya te obedezco!

—Enciéndelo... ¡Ajajá!... Ahora te creo. Ven á mis brazos!

Y respirando fuerte, mientras su esposo ponía una cara que daba grima para chupar el puro:

—¡Ah! añadió. ¡Soy la mujer más feliz de la tierra!

Con cuyo motivo, su marido sigue fumando para darle gusto y pagar el silencio del vendedor de brevas, que ha contado en secreto á todos sus parroquianos la escena que presenció.

Lo que prueba... Acaben las señoras la frase.

JULIO NOMBELA.

## UN ADEREZO DE BRILLANTES

POR

MARIO LARA

(Continuación) (1).

IV

—Vengo á pagar el aderezo que encargué y me llevaron ustedes á casa, dijo Antonio entrando en casa de Ansorena después de abandonar la Bolsa.

—¿Para qué se ha molestado usted? No corría prisa, dijo el dependiente mayor.

—No me gusta tener deudas.

—Por eso goza usted de tanto crédito.

—Muchas gracias... pero deme usted la factura.

—Si usted se empeña...

El dependiente buscó en una cartera la cuenta de Peñalver, mientras Antonio sacaba del bolsillo un paquete de billetes de Banco.

—Aquí está... son treinta mil pesetas.

—¿Nada menos?

—Se le ha servido á usted al darle en ese precio una joya que vale cuarenta mil.

—Es precioso, en efecto, el aderezo. Precisamente aquí le llevo, dijo Antonio sacando el estuche del bolsillo del gabán, mientras el dependiente contaba los billetes que acababa de entregarle.

—Está muy bien... Gracias, Sr. Peñalver. ¡Ah! se

(1) Véanse los números anteriores.

recrea usted en la alhaja... añadió al ver abierto el estuche. Es una maravilla.

—Lo he llevado á casa de uno de mis clientes para que lo viera su señora, y le ha entusiasmado.

—¡Ya lo creo!

—Quiero otro igual, dijo á su esposo.

—Eso sí que es difícil, al menos por ahora. El artífice que ha ejecutado esa maravilla, no podrá trabajar en algún tiempo.

—No... no creo que mi cliente sea un marido tan generoso como yo.

—La verdad es que usted se ha lucido.

—Quiero mucho á mi mitad.

—No es lo que se acostumbra entre las personas de viso.

—Pero verá usted qué ocurrencia tan peregrina ha tenido mi cliente... quizás usted podrá indicarme... para que yo le informe.

—Si puedo, con el mayor placer.

—Figúrese usted que, al oír las súplicas de su costilla... que por añadidura debe estar en estado interesante... ¡pues un antojo! figúrese usted, repito, que viéndose obligado á ofrecer un aderezo lo más parecido á éste, á su cara mitad, me dijo cuando salimos á la calle: «Yo no puedo gastar ahora lo que de seguro vale una joya como esa, que en mal hora ha enseñado usted á mi mujer; pero he hecho la oferta, y la conozco; es capaz de enfermar si no la cumplo. Para salir del paso mandaré hacer otro aderezo con piedras falsas, ella creerá que los brillantes son verdaderos, y con unos cuantos miles de reales salgo del paso.

—Algunas señoras hacen eso.

—¿Sí, eh? ¡Vea usted lo que son las mujeres! Yo no creía... así es que dije á mi cliente: Lo que usted pretende, es imposible. —¿Por qué no pregunta usted en casa de Ansorena, si allí se encargarían?... añadió.

—Lo que es aquí, no, señor, de ningún modo, interrumpió el dependiente. Jamás ha entrado ni entrará en esta casa una piedra falsa...

—Eso objeté, dijo Antonio visiblemente turbado, porque veía que toda la habilidad que empleaba era inútil.

—¡Bonito genio tiene mi principal! Si alguien le propusiera semejante cosa, le ponía de patitas en la calle.

—Naturalmente. Yo, de todos modos, no pudiendo librarme del compromiso, ofrecí á mi cliente indagar. Es persona á quien desearía servir... muy rico, pero muy tacaño... Si usted pudiera indicarme... por supuesto sin que yo revele el origen de mis noticias, si hay alguna casa que venda ó haga aderezos...

—Siento no poder complacer á usted... Lo ignoro en absoluto.

—¡Bah! no se pierde nada... Con decir á mi cliente que no he podido averiguar... Acaso se decida á encargarme á ustedes otro aderezo... Pero si ese oficial de quien me ha hablado usted está enfermo...

—No, señor, está sano y bueno; pero anda oculto porque le persigue la justicia.

—¡Cosa más rara!

—Era un hombre de bien, trabajador, inteligente, unas manos de hada... Sostenía á su madre... en fin, no tenía pero.

—Entonces...

—Llegó para él el funesto cuarto de hora; se enamoró perdidamente de una joven modista que pasaba todos los días dos veces lo menos por la Carrera para ir á su obrador. Era una loca, le sorbió el seso, le obligó á descuidar sus deberes filiales; le hizo holgazán, y lo que es aún peor, le inspiró ideas que jamás había tenido. En una palabra, abusó de la confianza de nuestro principal, y fué preciso denunciarle. Todo por esa miserable, que no le hacía caso, que le pagaba con desprecios y humillaciones los sacrificios, y que con los recursos y las alhajas que le ha dado su amante, anda ahí en coche y tiene cuanto quiere, mientras el pobre chico sabe Dios dónde estará, huyendo de que la justicia, que le busca, le eche la mano encima.

Antonio pudo mirarse en aquel espejo, y se miró; pero apartando rápidamente la vista de aquel cuadro que podía ser muy bien el de su porvenir:

—¡Es curiosa esa historia! dijo. ¿Y cómo se llama ella?

—La conoce todo Madrid por el lujo escandaloso que ha desplegado... Usted habrá oído hablar de ella, por lo menos... La llaman la marquesa de la Peralina.

—Sí... en efecto... he oído referir sus locuras. ¿Y él?

—El no es tan conocido... Pero goza en el gremio de alguna celebridad... le nombran Martín Pieri.

—¿Es italiano?

—El no... nació en Madrid... Su padre era napolitano. Vino á España cuando la guerra civil...

—De modo que su pobre madre...

—Se halla en la mayor miseria.

—¡Pobre mujer! Si supiera usted las señas de su casa, le enviaría con mi criado algún socorro.

Las señas... ¡no he de saberlas! Mi principal, que es bueno, aunque parece tan vivo de genio, ha acudido en su auxilio varias veces. Aquí están las señas, añadió el dependiente escribiéndolas con lápiz en un papel.

—Muchas gracias, y adiós... Me he entretenido demasiado.

—Que usted lo pase bien, Sr. Peñalver: á los pies de la señora.



Antonio no había logrado su objeto; pero la historia del artífice le inspiró una idea.

Al salir de la joyería miró el papel, y llamando á un cochera que pasaba, abrió la portezuela y dijo al auriga:

—Calle de la Fe, núm. 14.

Poco después llegaba á una casa de pobre apariencia, y penetrando en el portal, halló á una mujer en un chiribitil que hacía las veces de portera.

—¿Adónde va usted, caballero? le dijo.

—¿No habita aquí una anciana que tiene un hijo platero?

—La señora Nemesis debe ser.

—Ciertamente.

—Pues aquí es, sí, señor... ¿Qué se le ocurre á usted

—Quería verla.

—Sí es para cosas de su hijo...

—No por cierto... una señora ha tenido noticia de las desgracias de esa pobre mujer, y me envía para informarme de su situación y socorrerla de su parte.

—Pues bien venido sea usted, y Dios se lo premie.

—A mí no, á la señora.

—Para el caso es lo mismo, como dijo del otro. En todo el barrio no hay quien quiera mal á la Sra. Nemesis, ni á su hijo tampoco; no, señor. Porque mozo mejor no lo ha habido en muchas leguas á la redonda, aunque me esté mal el decirlo. Que una arrastráa ¡Dios la perdone! le cogió por su cuenta y le volvió de arriba á abajo. Eso, á cualesquiera cristiano le sucede. ¡Hay cada lagarta por esos mundos! Además que nadie está libre de una mala tentación, y hoy por ti y mañana por mí... ¿Está usted? Así es que el chico, que tenía unas manos de ángel, se encalabrino, y ¡adiós mi dinero! Yo no la conozco á ella, como tampoco á usted, nada más que para servirle; pero la he echado más maldiciones que pelos tengo en la cabeza. Antes, Martín era un modelo de hijos; primero le faltaba la luz al sol, que á su madre todo lo que necesitaba, y hasta con lujo. Él, ni una palabra mala; salía y entraba, y jamás se le olvidaba decir: ¡buenos días, señá Nicanora! ¡buenas noches, señá Nicanora! Así me llamo yo, para lo que usted guste mandar. ¡Y nada, tan callado! Se recogía temprano, y ¡trabaja que te trabaja! Pero desde que conoció á esa condenada... se volvió la tortilla. Espera que te espera por las noches, y ¡que si quieres! Su pobre madre lloraba como una Magdalena. —Tenga usted pecho, mujer de Dios, la decíamos las vecinas. El mozo es bueno; él volverá al redil. —Ni por esas. ¡Claro! para dar consejos todos servimos; pero tomarlos... esa es la madre del cordero. En fin, que á la postre sucedió lo que nos maliciábamos: el chico tuvo un mal pensamiento, y luego otro... hasta que, para que no le metieran en chirina, tuvo que escurrir el bulto, y si no fuera por las buenas almas ¡Dios sabe qué sería de la pobre mujer! Ella es una santa. Todos la compadecen y la estiman. Así es que si usted la trae una limosna, le vendrá de perilla, como dijo el otro. Pero le estoy entreteniéndome con mis hablurías, y eso que á mí á callada no hay quien me eche la pata. Suba usted, caballero... En lo último verá usted á su derecha una puerta, arrempujela usted y verá un pasillo. Entra usted en él, se vuelve usted á la izquierda, llama usted en una puerta que tiene el núm. 3, muy grande, y allí es.

Antonio iba subiendo la escalera mientras la portera terminaba su interminable retahíla.

Poco después llamaba á la puerta del núm. 3 y se hallaba en una misera guardilla, en presencia de la anciana madre del joven lapidario, á quien buscaba con esperanzas de encontrarle, si no se malograba también un plan que había fraguado.

Y todo por la mujer que le había humillado, mientras su angelical esposa le juzgaba ocupado en labrar con la inteligencia y el trabajo la fortuna que habría de consolidar en el porvenir la felicidad que creía disfrutar.

(Se continuará.)

## ECOS DE LA NOVELA DE LA VIDA

—Bien, ¿y usted?

—¡Yo, cansada!... ¿Le parece á usted poco trajín el que impone la sociedad á una mujer que quiere divertirse?

—No lo dudo.

—Considere usted que los bailes, las recepciones y los banquetes se suceden; que las empresas de teatros, sin consideración á nuestro pobre cuerpo y á nuestro agitado espíritu, estrenan obras de interés, de importancia y que no es posible faltar á los estrenos.

—Ciertamente.

—Como si esto no fuera bastante, la Sociedad de Conciertos ha anticipado este año sus interesantísimas audiciones.

—¿Y toda señora de buen tono...?

—¡Claro! debe asistir por deber y por gusto á esas sesiones en las que el divino arte es consolador rocío para el alma agitada.

Por añadidura, el Carnaval, lleno de impaciencia, ha obligado á idear disfraces para el baile de máscaras de la Sociedad de Escritores y Artistas, único al-

que pueden asistir señoras. Es decir, el único no: porque también el baile con que obsequia á las damas todos los años el Círculo de la Unión Mercantil, es centro de reunión de lo más distinguido y lo más agraciado. ¡Ah! Pero en los salones aristocráticos se pasan horas deliciosas, horas que hacen olvidar agitaciones, que alejan las tristezas de la vida para ofrecernos los más risueños y encantadores horizontes.

—Cuénteme usted.

—¿Qué exhibición de trajes y de joyas!

—Sí, ¿eh?

—Figúrese usted que en el baile de la Embajada francesa había más de cien señoras, todas elegantísimas y en su mayoría luciendo preciosas esmeraldas. Cuatro ó cinco aderezos de brillantes, parecían los planetas en torno de los cuales giraban multitud de estrellas.

—¡Hermoso golpe de vista!

—¡Encantador!... Pues ¿y en la Embajada inglesa? Allí estaba la infanta Isabel, y llevaba un traje azul con flores ¡de un gusto, de una distinción!... ¡Allí sí que parecían los brillantes estrellas sobre un cielo sereno y límpido! La condesa de Guaqui se destacaba sobre las otras damas con su precioso traje negro, que orlaba en el escote una guirnalda de claveles rojos, y la joven duquesa de Santovenia ostentaba un sol de brillantes en la cabeza, dando lugar á que sus admiradores le dijeran: «¡Jamás habíamos visto, hasta esta noche, dos soles reunidos.» La condesa sonreía, y entonces á los soles acompañaba la aurora.

—¡Precioso cuadro!

—¿Y qué diré del baile de los duques de Rivas? Allí brillaban la señora de Cánovas del Castillo, con un magnífico traje grana cubierto de ricos encajes; la marquesa de la Laguna, que ostentaba como adorno en la cabeza su cifra y su corona de brillantes, y allí también la ilustre escritora Emilia Pardo Bazán lucía dos clases de joyas á la vez, las de su adorno y las de su ingenio. En fin, no terminaría mi relato si hablase del banquete en la Embajada de Alemania, de la recepción de los marqueses de Narros, de la sesión de hipnotismo en casa de los marqueses de Monroy. Esto sería el cuento de nunca acabar.

—Cuento que, por lo visto, tendría que añadirse á los de las *Mil y una noches*.

—Pues para el 15 del actual anuncia la Embajada china otra fiesta, y habrá bailes de niños en dos ó tres palacios, y luego, si el tiempo favorece, las tardes del Carnaval en Recoletos y la Castellana serán interesantes. Afortunadamente la Cuaresma vendrá á ofrecernos el recogimiento y el descanso.

Me despedí de mi interlocutora después de oír su amena conversación, y voy á continuar por mi propia cuenta recogiendo los ecos de la novela de la vida.

Carlos Coello ha querido con su nueva comedia *La mujer de César* demostrar que no basta á la hermosa mitad del género humano ser buena, sino que necesita parecerlo.

Como esta tesis está presentada por el arte y desarrollada por el ingenio, el público que asiste al teatro de la Comedia aplaude al autor.

Brillante ha sido la inauguración de los conciertos en el Circo del paseo de Recoletos. Ofrecía el programa la *Sinfonía pastoral*, de Beethoven, algo de Rubinstein, algo de Berlioz, el famoso coro de las Bacantes de Gounod y un *scherzo* del director de la Sociedad, del insigne Bretón.

El éxito fué completo. Las manos que obedeciendo al entusiasmo aplaudieron á Beethoven, saludaron del mismo modo la creación del maestro español.

—Es lo mejor que ha producido Alemania, el gran Beethoven, decían á un alemán que estaba en un palco.

—¡Oh, no!... contestaba él; lo primero es Federico el Grande.

—Desengañese usted, contestó una señorita. Federico el Grande conquistó unos cuantos pedazos de tierra y algún que otro trono de inferior cuantía. En cambio, el gran maestro conquistó y sigue conquistando todos los corazones que latén en el universo.

Los sastres celebran todos los años en París una fiesta en la que procuran fijar las modas que la etiqueta exige. Recientemente se presentaron con el frac negro y la corbata blanca tradicionales; pero, en vez del pantalón, llevaban calzón corto y media de seda negra. Algunos atrevidos innovadores lucieron frac y medias azul celeste, y chaleco y calzón blancos.

—Perdonen ustedes, dijo uno al verse en el salón; creía asistir á un baile serio, y veo que me he metido en un baile de máscaras.

Los sastres no han logrado este año dar un solo paso en el camino de la novedad.

¡Por esta vez, no han conocido el paño!

Francia ha perdido á uno de sus más célebres, ilustrados y á la vez chistosos autores dramáticos: Eugenio Labiche.

El público español ha aplaudido casi todas sus obras *gitaneadas* al castellano, digámoslo así.

Terminaré mis *Ecos* con un recuerdo de este ilustre escritor.

Estaba haciendo una obra en colaboración con Legouvé, y no hallaban ni el uno ni el otro el desenlace deseado.

Una tarde se presentó Labiche en la portería de la casa de su colega, y hallando á la portera, sin más preámbulo exclamó:

—Diga usted al Sr. Legouvé que, después de pensarlo mucho, veo que el mejor medio de salir del paso es matar al conde, y que yo me encargo de ello.

Acto continuo se alejó, y la portera, despavorida, corrió á dar parte á la autoridad de lo que acababa de saber, para evitar un crimen.

¡Inútil es decir cuál fué el resultado de la denuncia... Una carcajada, que se anticipó á las de los espectadores.

JUAN DE MADRID

## PREGUNTAS Y RESPUESTAS

A. P., *Arahal*.—En casi todos los números hay modelos de trajes y abrigos para niñas. También de cuando en cuando se publicarán para niños, como usted desea.

Magnolia Mensajera, *Zaragoza*.—Consultado el doctor, dice que la ciencia no conoce todavía ningún medio de quitar las marcas de las viruelas, por más que se anuncian varios como eficaces al efecto, y añade que sólo quedan cicatrices de las pústulas cuya costra ha sido arrancada antes de caerse naturalmente. Siendo no poder satisfacer de mejor manera sus deseos; pero al menos, ya lo ve usted, aunque riste, la ciencia es sincera.

J. R., *Valencia*.—Para luto no se llevan más pieles que el Astrakán ó sus imitaciones.

J. P., *Santander*.—Remitidas las medidas que envió usted á París; desde allí le enviarán los patrones que desea á la mayor brevedad.

M. C. de M., *Jerez de la Frontera*.—Procuraré complacer á usted en el periódico, ó por carta, lo más pronto posible. Gracias por su bondad.

LA SECRETARIA

## PASATIEMPO

SOLUCIONES DEL PASATIEMPO DEL NÚM. 3.º

A la charada: CAMISA.

Al cuadrado:

A	M	A	D
M	O	D	A
A	D	A	M
D	A	M	A

Ha enviado la solución de la charada la señorita doña M. C. de M., de Jerez de la Frontera.

## A LAS SEÑORAS SUSCRITORAS DE MADRID

A fin de simplificar el reparto en Madrid y para que no se cometan errores dando distintos números de orden á las señoras suscriptoras, en lo sucesivo no se numerarán con el número de orden más que el vale de la cubierta del número del periódico que corresponda á la primera semana de cada trimestre natural. Pero todos los vales de cada trimestre llevarán el número correlativo del periódico, y para tener opción á los Bonos del regalo, será preciso entregar al repartidor, en la forma y tiempo indicados en las Bases de suscripción consignadas en la cubierta, tantos vales como números del periódico hayan correspondido al trimestre natural.

Para el actual trimestre, á pesar de llevar número de orden los vales de las cubiertas correspondientes á los números 1, 2, 3 y 4, servirá para los efectos del sorteo el primero.

PARA SUSCRIPCIONES Y RECLAMACIONES DE MADRID, ACUDASE AL CENTRO DE D. ANTONIO ROMO, CALLE DE SAN BERNARDO, 48, PRINCIPAL (ENTRADA POR LA TRAYESÍA DE LA CRUZ VERDE) Ó A LA ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 83, 2.º, DE 10 Á 5.

## La Última Moda.

SE REPARTE UN NÚMERO CADA SEMANA

Precio de cada número llevado á domicilio:

**25 CENTIMOS DE PESETA**

En Madrid, Barcelona, Valencia y Zaragoza se admiten suscripciones por conducto de los Centros de repartidores comisionados al efecto.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.